

miras que las de recibir vanas expresiones de respeto. Su fin constante y único era la paz general; para lograrla, habia emprendido la guerra de la Península, no con el fin de añadir los reinos de España y de Portugal á su imperio, sino para tener una compensacion pronta, cuando llegase el caso de tratar con la Inglaterra, y se proponia devolver estos Estados á sus dueños naturales, el dia en que firmaria el tratado de la paz universal del mundo. Los dos Emperadores animados de un mismo deseo, escribieron al rey de Inglaterra, instándole para que oyese la voz de la humanidad y ofreciéndole todos los medios posibles de conciliacion. El ministro británico contestó, el 28, que no podia entrar en negociacion como no se admitiese á los representantes del actual gobierno español, y de los reyes de Portugal, de Sicilia y de Suecia. Otras dos cartas escritas el mismo dia por Napoleon, confirmaban sus intenciones pacíficas; la primera, dirigida á los príncipes de la confederacion del Rhin, les avisaba de que podian acuartelar sus tropas, supuestas las declaraciones amistosas del emperador Francisco, y la segunda escrita á este príncipe, indicaba lo mismo.

• Erfurth 14 de octubre de 1808.

» SEÑOR Y HERMANO MIO !

» Doy gracias á V. M. I. y R. por la carta
 » que ha tenido á bien escribirme y que me
 » ha entregado el baron de Vincent. Nunca
 » he dudado de la rectitud de V. M., pero he
 » temido un momento que las hostilidades se
 » renovasen, porque hay en Viena una fac-
 » cion que aparenta tener miedo, con el fin
 » de precipitar á vuestro gabinete y hacerle
 » tomar medidas violentas que serian el origen
 » de desgracias mayores que las que se han
 » efectuado. Me he visto dueño de desmem-
 » brar la monarquía de V. M., ó á lo menos
 » de dejarle menos poderoso y no lo he que-
 » rido. El estado en que se halla en el dia es
 » conforme á mis deseos, y estoy pronto á
 » salir garante de su integridad. Pero V. M.
 » no debe volver á discutir lo que está resuelto
 » por quince años de guerra, evitando toda
 » proclama ó declaracion que pueda alte-
 » rar la buena armonía. Las últimas medidas
 » hubieran tenido infaliblemente este funesto
 » resultado, si hubiese recelado de que estos

» preparativos estaban combinados con la Rusia. Acabo de despedir las tropas de la confederacion, y cien mil hombres de mis tropas han tomado el camino de Boloña para emprender de nuevo mis proyectos contra la Inglaterra. V. M. debe abstenerse de todo armamento que pueda inquietarme, haciéndome suponer una diversion á favor de la Inglaterra. Cuando tuve la dicha de ver á V. M., y despues de firmado el tratado de Presbourg, me lisonjeé que todo quedaba arreglado entre V. M. y la Francia para siempre, y que me seria lícito ocuparme en la guerra marítima sin distraccion ninguna. V. M. hará muy bien en desconfiar de los que, hablándole siempre de los peligros de su monarquía, alteran su felicidad y la de su familia y de sus pueblos; éstos solos son peligrosos y pueden atraer las desgracias que aparentan temer. Con una conducta recta y franca, V. M. hará felices á sus súbditos y á sí mismo, y podrá vivir seguro de que hallará en mí un hombre decidido á no emprender nunca nada en contra de sus intereses; la mejor política hoy dia es la sencillez y la verdad. Si V. M.

» tiene recelos, hagámelos conocer y los disiparé al instante; añadiré una sola palabra; V. M. debe conducirse por sus propias luces y por su propia opinion mucho mas recta que la de sus consejos. Ruego á V. M. que lea mi carta en un buen sentido y persuádase que no contiene nada que no se dirija al bien y á la tranquilidad de la Europa y de V. M. »

Pero el Austria habia tomado ya su partido; siguió en sus organizaciones militares, y con el pretexto de no haber sido admitida á las conferencias de Erfurth, se negó á reconocer al rey José, como lo habian hecho el emperador de Rusia y los príncipes de Alemania, y á pesar de la promesa hecha en Paris por M. de Metternich antes del viage de Erfurth, en consideracion á la evacuacion de la Silesia que se habia efectuado inmediatamente.

El 14 de octubre, Alejandro y Napoleon se separaron para no volverse á ver jamás. Tomaron el mismo dia el camino de sus Estados; lo mismo hicieron los demas soberanos. El 19, el emperador Napoleon estaba en San Cloud donde le acompañó el conde de Romanzoff embajador de Rusia.

Las conferencias de Erfurth dejaron algunas cuestiones indecisas y algunos intereses por arreglar, que eran peculiares de los dos Emperadores. Entre otros puntos, la suerte del imperio Otomano, la de la Grecia y todo lo que quedaba por coordinar para poner en planta el nuevo sistema continental preparado á la Europa por Alejandro y Napoleon. Las notas del conde de Romanzoff, relativas á estas importantes materias, desaparecieron de los archivos franceses en 1814.

La abertura del cuerpo legislativo estaba señalada para el 15 de octubre. El Emperador pronunció un discurso en que se notaron los siguientes párrafos :

« He andado este año mas de mil leguas
 » en el interior de mi imperio.... Al ver esta
 » gran familia francesa, dividida poco ha
 » por las opiniones y por el ódio, tan prós-
 » pera, tan quieta y tan unida en el dia, mi
 » alma se ha conmovido. He sentido que mi
 » felicidad consistia enteramente en ver á la
 » Francia feliz..... Una parte de mis ejércitos
 » está marchando contra los que la Inglaterra
 » ha formado ó desembarcado en España.
 » Miro como un beneficio particular de la Pro-

» videncia que ha protegido constantemente
 » nuestras armas, que las pasiones hayan
 » cegado al gobierno inglés, hasta el punto de
 » renunciar á la posesion de los mares y de
 » presentarse por fin con las armas en la mano
 » en el continente. Salgo dentro de pocos dias
 » para ponerme á la cabeza de mi ejército y,
 » con el auxilio de Dios, coronar dentro de
 » Madrid al rey de España y plantar nues-
 » tras águilas sobre las torres de Lisboa.....
 » En las conferencias que he tenido en Erfurth
 » con el emperador de Rusia, nuestro primer
 » pensamiento ha sido la paz, y hemos resuelto
 » hacer algunos sacrificios para proporcionarla
 » cuanto antes á los cien millones de hombres
 » á quienes representamos. » Estas últimas
 palabras penetraron en todos los gabinetes
 de Europa, mas ó menos fielmente referi-
 das. Pero no se olvidó que, en Erfurth, Na-
 poleon habiendo regalado su propia espada á
 Alejandro, éste le habia dicho: «La admito
 » como prueba de vuestra amistad y V. M.
 » puede quedar seguro que nunca la desen-
 » vaynaré contra su persona. »

A la sombra de los laureles y del trono de
 Napoleon, una conspiracion sorda se aplicó

desde entonces, en envenenar sus palabras y sus proyectos y en esparcir sobre las operaciones de su gobierno y sobre sus mismas victorias un descrédito y una desconfianza hostil. Esta conspiracion, en que entraron varios extranjeros, estaba en sus principios al momento de los acontecimientos de Bayona, Napoleon tuvo allí el primer aviso de la existencia de este enemigo doméstico que estaba vigilando sobre las adversidades del Emperador como lo habia hecho sobre las prosperidades del consulado y del imperio. Sus armas ocultas eran esparcir en el público profecías siniestras, poner en duda las ventajas, aumentar las desgracias y siguió constantemente en su plan, hasta que, viéndole caído, tomó altamente la actitud del triunfo y descubrió de repente, aunque cubierto todavía con la librea imperial, su larga y taciturna conjuracion.

El 27 de octubre, los diputados de los nuevos departamentos de Italia fueron admitidos á la presencia del Emperador que contestó al discurso que le dirigieron:

«..... He sido testigo de los vicios de vuestra antigua administracion. Los eclesiásticos deben ceñirse al gobierno de los negocios

» del culto. La teología que estudian en la
 » infancia, les enseña reglas seguras para el
 » gobierno espiritual, pero no les da aptitud
 » ninguna para el gobierno de los ejércitos y
 » para la administracion. La decadencia de la
 » Italia empezó cuando el clero quiso gobernar la hacienda, la policía y el ejército.
 » Despues de una gran revolucion, he vuelto
 » á levantar los altares en Francia y en Italia..... No tengo sino motivos de alabar la
 » conducta de mi clero de Francia y de Italia,
 » porque sabe que los tronos dimanan de
 » Dios y que el mayor delito á sus ojos consiste en alterar el respeto y el amor debidos
 » al soberano..... Sabré reprimir á los que intentarian valerse del influjo espiritual para
 » turbar mis pueblos y predicar el desórden y
 » la rebelion..... »

Estas palabras eran dignas de un Emperador cristianísimo de los Franceses. Jamás, bajo ningun reinado, el clero de Francia se ha visto en una posicion mas conforme á su institucion, y mas digna de la veneracion de los pueblos. No se contempló como órden ó poder en el Estado; supo ser ciudadano, auxiliando al príncipe y á los súbditos y en los

días de la desgracia, lejos de tomar parte en los triunfos de los enemigos de la Francia y de Napoleon, se vió confundido de repente con otro clero frances, que, en vez de interponerse entre el vencedor y la patria desconsolada, no profirió sino palabras amenazadoras.

El 29 de octubre, Napoleon salió para Bayona, donde llegó el 3 de noviembre; el 4 entró en España, y con él entró la victoria; llegó el 7 á Vitoria, donde le estaba aguardando el rey José, y se puso inmediatamente en camino para Madrid, cuya carrera estaba por conquistar; el ejército de Extremadura, fuerte de ochenta mil hombres, ocupaba la ciudad de Burgos. Napoleon dió al mariscal Bessieres el mando de toda la caballería, y puso al mariscal Soult á la cabeza del segundo cuerpo. Este se puso en movimiento el 10 y halló al enemigo formado en Gamonal con treinta cañones. La division del general Mouton se abalanzó á paso de carga, sostenida por la artillería, y el duque de Istria, habiendo envuelto al enemigo, le derrotó completamente. Los Españoles perdieron tres mil muertos, tres mil prisioneros, dos banderas y veinte y

cinco cañones; los Franceses entraron en Burgos entremezclados con los Españoles que huían por todas partes y se apoderaron del castillo que hallaron bien abastecido. El Emperador entró con su guardia y mandó llevar á Bayona las lanas que se encontraron en Burgos; su valor se reguló en treinta millones de francos.

El duque de Belluno persiguió al ejército de Galicia, batido ya en Bilbao, por el camino de Espinosa, el duque de Dantzick por el de Villarcayo, y el duque de Dalmacia le dió la vuelta por el de Reynosa. El general Lasalle se dirigió hácia Lerma, y el general Milhaud hácia Palencia; Valladolid cayó en nuestro poder. Los Ingleses habian desembarcado en la Coruña teniendo ya una de sus divisiones de Portugal en Badajoz, y nuestro ejército estaba anhelando por medir sus fuerzas con ellos. Entretanto, el ejército de Galicia, batido otra vez en los combates de Durango, de Güemez y de Balmaseda, fue enteramente destruido el 12 por el duque de Belluno en la batalla de Espinosa, con pérdida de veinte mil hombres, diez generales y cincuenta cañones, mientras que el duque de Dalmacia, que ha-

bia llegado hasta Reynosa, acabó con este ejército, apoderándose de sus parques, de sus bagages y de sus almacenes. El 16, el duque de Istria llegó á Aranda, y dirigió partidas de caballería por un lado hácia Leon y por el otro hácia Madrid. El mismo dia el duque de Dalmacia llegó á Santander donde se apoderó de nueve mil fusiles ingleses, y de varios comboyes cargados de artillería, de armas y de municiones inglesas. El general Gouvion Saint-Cyr, con el séptimo cuerpo, estaba sitiando á la fuerte plaza de Rosas cercada por los generales Reille y Pino. Los Italianos se apoderaron á viva fuerza de las alturas de San Pedro, con aquel ímpetu que los distinguia en el siglo décimo-quinto. El general Fontana se apoderó de Selva, echando á los Ingleses, á quienes cogió veinte y cuatro cañones; el general Mazzuchelli habia rechazado con mucho valor dos salidas de los sitiados.

Los ejércitos de Galicia y de Extremadura, mandados por Blake y La Romana, desaparecieron en las batallas de Espinosa y Burgos; pero quedaba que alcanzar al grande ejército de Andalucía, Valencia, Castilla la Nueva y Aragon, bajo las órdenes de Castaños y Pa-

lafox, que, en número de ochenta mil hombres, ocupaban á Calahorra y á Tudela. El 22, el Emperador trasladó su cuartel general desde Burgos á Lerma, y el 23 á Aranda. El duque de Elchingen entró en Soria (la antigua Numancia) y en Medinaceli. Los duques de Montebello y de Conegliano se juntaron en Lodoso; el duque de Belluno estaba en la venta de Gomez, pero las avenidas de Madrid por la parte del norte estaban interceptadas. El duque de Montebello estaba marchando, desde el 19, con treinta mil hombres para presentar la batalla al ejército grande español y le encontró el 23 mas acá de Tudela, en número de cuarenta y cinco mil hombres, mandado por el general Castaños; tenia una artillería de cuarenta piezas. Los Españoles no pudieron resistir el ataque impetuoso dirigido por el general Maurice Mathieu que, habiendo desbaratado el centro, dió lugar á que el general Lefebvre con su caballería envolvese la derecha. El general Lagrange arrolló la línea de Castaños y decidió la victoria. Los Españoles echaron á correr por todas partes, habiendo perdido cuatro mil muertos, tres mil prisioneros, trescientos oficiales, siete banderas, treinta

cañones y una inmensidad de provisiones de toda clase que tuvieron que abandonar en Tudela; el duque de Conegliano marchó sobre Zaragoza, y el duque de Elchingen sobre Agreda, donde halló muchos almacenes. De manera que el centro del ejército español había sido batido en Burgos, la derecha en Espinosa y la izquierda en Tudela. El 29, el Emperador puso su cuartel general en Boceguillas. El 30, el duque de Belluno llegó al pie de la famosa montaña de Somosierra, cuyo paso estaba defendido por trece mil hombres de la reserva española mandados por el general Benito San Juan y protegidos por atrincheros y por una batería de diez y seis cañones. Apenas había empezado el escopeteo, cuando los lanceros polacos de la guardia imperial se abalanzaron á escape y ejecutaron sobre estas alturas una carga de caballería la mas atrevida y digna de una gloria inmortal. Los Españoles no pudieron sostener tanto arroyo. Se dispersaron tirando sus armas al suelo y dejaron en poder de sus vencedores diez y seis cañones, diez banderas, doscientos carros, las cajas militares, y entre los prisioneros, todos los oficiales superiores de la division. Des-

pues de este combate singular, en que una partida de caballería ligera se apoderó en un momento de una posicion quizás inexpugnable para la infantería la mas valiente, los Franceses pudieron dirigirse libremente sobre Madrid. El 1º de diciembre, el cuartel general imperial estaba en San Agustin, y el 2, el ejército victorioso celebró el aniversario de la coronacion de Napoleon, debajo de las murallas de la capital. El Emperador pasó revista el mismo dia á la caballería del duque de Istria y á la guardia imperial que le recibieron con el mayor entusiasmo.

Madrid estaba siempre en poder del enemigo, y sus habitantes, oprimidos por sesenta mil hombres armados que se componian en parte del populacho bárbaro y fanático del campo, no podian manifestar sus verdaderos sentimientos. La guarnicion constaba de seis mil hombres de tropas regulares; cien cañones guarnecian las murallas, las calles, las puertas y las casas vecinas. Las campanas de doscientas iglesias tocaban á rebato, y aumentaban la confusion que reinaba dentro de la capital, en donde una muchedumbre furiosa y delirante hacia estremecer á los habitantes

pacíficos. El duque de Istria habiendo enviado á un edecan suyo para intimar la rendicion á la junta militar, presidida por el general Castellar, un general vino á traer la respuesta, acompañado de unos hombres furiosos que le estaban observando y dictaron la contestacion negativa. El edecan del duque de Istria estuvo en peligro de perder la vida; y el marques de Perales, falsamente acusado de haber mezclado arena en la pólvora de los cartuchos, fue arrastrado y despedazado por el pueblo; tal era la situacion de Madrid.

La infantería francesa estaba todavía á tres leguas de distancia. Napoleon empleó el resto de aquel dia en reconocer los alrededores de Madrid, y en combinar un plan de ataque que conciliase los intereses de la humanidad y los de su gloria: no quiso dar el asalto, esperando que la impresion de su presencia sobre esa turba feroz y sobre los honrados vecinos, bastaria para que la capital abriese sus puertas. A las siete de la noche, mandó al general Maison apoderarse de los arrabales y le hizo sostener por el general Lauriston con cuatro piezas de artillería de la guardia; el enemigo echó á correr al primer fuego. A las doce el

príncipe de Neufchatel envió un teniente coronel, prisionero desde la batalla de Somosierra, para intimar otra vez la rendicion al gobernador. Castellar contestó pidiendo todavía término; pero entretanto el general Senarmont, con treinta cañones, abrió una brecha en la muralla del Retiro, y una compañía de volteadores, habiendo entrado en seguida, echó á los cuatro mil hombres que le defendian. Con la toma del Retiro quedaron inutilizados todos los medios de defensa, pero Napoleon no perdió de vista su grande objeto que era no hacer daño, no queriendo abrir á su hermano un camino al trono sobre las ruinas de la capital; se contentó pues con hacer avanzar algunas compañías sueltas de volteadores.

A las once, el príncipe de Neufchatel, no habiendo recibido contestacion del general Castellar, volvió á intimarle la rendicion y le escribió que el Emperador consentia en aguardar hasta las dos; pero llegó la hora señalada sin que se enarbolase la bandera blanca. Sin embargo, Napoleon aguardó aun. En fin, á las nueve vino el general Morla con un diputado de la villa, y declararon con dolor al mayor